

ESTONIA

# Un mundo a dos velocidades

Quien recorra los paisajes rurales de este pequeño país báltico, marcado por decenios de dominio ruso y soviético, podría pensar que ha viajado atrás en el tiempo. Pero la idílica estampa de sus campos y bosques vírgenes sólo es una cara de Estonia. La otra es la de una sociedad muy dinámica, que afronta ya su tercer año como miembro de la Unión Europea y cuya economía avanza vertiginosamente, impulsada por la investigación y el desarrollo de las nuevas tecnologías.

Texto: Andreas Weber • Fotos: Christoph Otto



El viejo molino de madera es testigo de los juegos infantiles en un parque de la localidad de Kihelkonna, en la isla de Saaremaa.

## La creatividad desfila sobre las pasarelas y traspasa fronteras

Pase de modelos durante el Premio Nacional de la Moda en la Ópera de Tallin, la capital estonia. Aquí presentan sus colecciones las seis firmas más importantes del país, que exportan sus diseños con éxito creciente a Letonia, Lituania, Rusia y Escandinavia.



## Rock para recordar el día que las canciones trajeron la libertad

Cada 20 de agosto, la plaza del Ayuntamiento de Tallin acoge conciertos de rock (foto) y otros actos para celebrar el Día de la Independencia. Esta se logró en 1991 tras cuatro años de Revolución Cantada, llamada así porque el pueblo se enfrentó a la URSS entonando himnos patrióticos prohibidos.



**E**n la isla de Saaremaa, el mar Báltico y la tierra murmuran una suave conversación. Es un mar dulce el que se acerca a la playa de Turju, deslizándose su blando cuerpo entre guijarros grandes como puños y algas secas. Aquí no hay zona de transición: los elementos no se disputan ningún reino intermedio de ro-

cas salpicadas por la espuma y marismas saladas. Justo detrás de la orilla crecen rosas y otras plantas llenas de flores, acariciadas por un sol que no quiere ponerse. En Estonia, cada verano es un corto y apasionado vivir con 22 horas de luz diarias en el que todo parece posible. Las casas de Turju se ocultan bajo al-

tos árboles. Como si quisieran esconder el rastro humano, robles y tilos extienden sus frondosas copas sobre tejados musgosos. Pese al fresco que se siente incluso durante las jornadas estivales, sólo el fogón de la cocina calienta las casonas de roca y madera, igual que hace cien años. Ahora, a finales de junio, los jóvenes caminan en

pequeños grupos por la carretera, dirigiéndose a la hoguera de San Juan en un pueblo vecino.

Los chicos llevan cerveza danesa Bear Beer en botellones de plástico, mientras las chicas que les siguen se ajustan sus ligeros vestidos para abrigarse un poco contra el incómodo aire de la noche. Ayer decoraron con

cintas de colores el viejo tilo de la pradera, igual que hicieron antaño sus madres y abuelas. Esta noche, las llamas alcanzan la altura de una casa. Viejos coches de la marca rusa Moskvitch están aparcados en el lodo, junto a la carretera, y estridentes canciones de rock suenan a través de altavoces de fabricación soviética. En una

caravana, dos mujeres de caras enrojecidas venden salchichas asadas que, cuando el calor las hace explotar, gotean de queso caliente. Los jóvenes que no se emborrachan hasta quedar inconscientes en la húmeda hierba se bañan al amanecer en las aguas del Báltico. Su superficie rosada prácticamente no se mueve; hasta el punto ▶

► de que los brazos de los nadadores parecen partir y moldear la nada, otorgándole su forma primigenia.

Estonia, encajada entre Letonia, su vecino báltico, y la frontera occidental de Rusia, es un país del norte y, sin embargo, a menudo hechiza con una dulzura casi meridional. Quien llega a este país tiene la primera impresión de haber hecho un viaje hacia atrás en el tiempo. Pero si uno profundiza un poco más, comprobará que en estas tierras se superponen las épocas y los ritmos de vida casi como en ningún otro lugar en Europa.

El producto interior bruto crece cada año un siete por ciento, la industria electrónica y las telecomunicaciones experimentan un auténtico *boom* y, a la vez, cerca del 90 por ciento del paisaje se encuentra en estado casi salvaje. Aquí coexisten retretes que no son más que un agujero en el suelo con una modernísima administración *on line*. Aquí se ha inventado una señal de tráfico que indica los puntos para conec-



Estonia tiene una superficie de 45.226 kilómetros cuadrados, algo menos que Aragón.

tarse con internet, mientras la mayoría de las carreteras todavía son meras pistas de grava. Aquí, todos tutean al Presidente y en la sauna crepita el fuego como hace 300 años. Aquí reinan desde mayo de 2004 las leyes de la Unión Europea, pero la mayoría de las

señales de tráfico siguen estando escritas con letras cirílicas. En este país, que fue gobernado sucesivamente por alemanes, daneses, suecos y rusos; donde la gente culta de principios del siglo XX hablaba tres lenguas con fluidez (estonio, ruso y alemán), y cuyos investigadores dieron decisivos impulsos a la Historia europea de las ideas, sigue fluyendo ese lento discurrir del tiempo que en el resto del Viejo Continente se ha solidificado como Historia. Una época antigua ha tocado a su fin y la nueva no acaba de comenzar por completo.

## Hay señales que indican los puntos donde conectarse a internet

A la izquierda, un estonio lee en su terraza. Abajo, reunión de cuatro ministros (en la mesa grande). El resultado de sus trabajos se vierte inmediatamente a la Red.



Levantada entre 1897 y 1900, la catedral ortodoxa de Alexander Nevsky, en la capital, está considerada por muchos como un símbolo del antiguo dominio ruso.

Casi igual que en la Edad Media, por ejemplo, se presenta el solitario paisaje con los extensos setos que florecen como si no hubiera habido concentración parcelaria ni koljoses, las granjas colectivas de la URSS. Lo mismo ocurre en los bosques, donde robles, arces, olmos y tilos se mezclan con abetos como si jamás una idea de explotación forestal organizada hubiese penetrado en sus silvestres dominios. La misma libertad parecen disfrutar los ríos, que acercan sus orillas suavemente a los prados sin que se les imponga ningún cauce artificial, como ocurre en cualquier país centroeuropeo. Y las rocas siguen diseminadas por los campos del mismo modo que las arrojó el mítico padre de la nación, el gigante Kalevipoeg, cuando creó el país cantando y peleando. Incluso las jóvenes más *fashion* conocen al dedillo las historias de este alegre coloso, como si fueran unas muchachas indígenas recién iniciadas.

No obstante, las ciudades han adelantado en dinamismo a muchas metrópolis occidentales. En el Georg Ots Spa Hotel de Kuressaare, centro glamoroso de la isla de Saaremaa, se da

cita la vanguardia del mundo de la moda. Los comedores, decorados al minimalista estilo *chillout* escandinavo, se convierten en un escenario para *barbies* de piernas largas, con las uñas y los labios pintados de rosa, que a veces forman incitantes grupitos y otras se encuentran en compañía de fornidos muchachos. Jóvenes familias mezclan en este lugar el alemán con el ruso; parejas finas, vestidas a la última y sin hijos, bajan de sus relucientes vehículos todo terreno; nuevos ricos de países eslavos se relajan con las burbujas del jacuzzi. La "juventud dorada" de Estonia ha alcanzado el éxito, y por fin disfruta de su merecida sauna.

### Las viviendas precarias de Tallín recuerdan los tiempos soviéticos

Un fresco erotismo seduce con una mezcla irresistible de tranquilidad escandinava y lascivia rusa. Kuressaare ya no es un pueblo de provincias oculto detrás del telón de acero, sino un balneario de moda que impone su propio estilo. La geografía cultural

nacida en Centroeuropa después de la Segunda Guerra Mundial se ha movido, sus centros de gravedad se están reordenando. Kuressaare es algo así como el Locarno del norte. Su filosofía de vida recoge el testigo de la tradición balnearia de la alta burguesía, de aquellos tiempos en los que el gran escritor germano Thomas Mann tenía una casa en la localidad de Nidden, no demasiado lejos de aquí. Junto al moderno spa, la fortaleza obispal levantada en 1206 empuja sus sólidos muros hacia el agua. Aquí residió la Orden Teutónica cuando la isla de Saaremaa todavía se llamaba Osel y su capital, Arensburgo. Luego llegaron los daneses, los suecos y, finalmente, los rusos.

La presencia contemporánea de estos últimos ha dejado huellas por doquier: en los infinitos bloques de viviendas construidas de la forma más barata, con puertas toscas y ventanas y paredes sin enlucir. Los suburbios de Tallín, la capital, son desfiladeros rojizos de piedra artificial que parecen el infierno hecho hormigón. Los edificios de los koljoses, a punto de de-

► rumbarse como troncos podridos, salpican el vasto paisaje como los vestigios deformes de batallas perdidas. En medio de la nada aparecen pequeñas poblaciones que simplemente consisten en un puñado de viviendas construidas con placas de hormigón prefabricadas, al estilo soviético, un edificio que alberga la calefacción y un punto de entrega de víveres que cerró hace mucho tiempo.

Más de la cuarta parte de los 1,3 millones de estonios son de origen ruso. Después de la Revolución Cantada, el pacífico alzamiento popular contra la

Unión Soviética culminado en 1991 con la independencia, estos habitantes jamás han recibido la ciudadanía completa: se han convertido en inmigrantes en su propio país. Muchos de ellos están en el paro, y su consumo de alcohol es considerable. Resulta paradójico: numerosas personas, que todavía se refieren a la era soviética y la Guerra Fría como el "tiempo de ocupación", preferirían deshacerse para siempre de todo lo que huele a ruso, y sin embargo, el entusiasmo melancólico heredado del inmenso vecino también es el punto fuerte de Estonia. Finlandia, por ejem-

plo, envidiada por su autoestima, carece de una herencia tan palpable de su pasado bajo el dominio de los zares, que se prolongó desde 1809 a 1917. Porque no sólo los grises días de la URSS dejaron su impronta en las tierras bálticas: la vieja Rusia sigue presente. No en balde, fue hace muchos años, justo después de que acabara la Gran Guerra del Norte (1701-1721), cuando aquel país se anexionó Estonia y Livonia, región que abarca el sureste del país y el norte de Letonia. Después del ingreso en la UE, ese legado de repente se encuentra en plena Europa, y uno tiene la impresión de que es el lugar donde debe estar.

Las memorias, rusas o no, se amontonan en las esmeradas casas de viviendas y en los pabellones de los balnearios, construidos enteramente con tablas de madera. El ayer se hace presente delante de las villas con sus desvanecidos colores pastel, que duermen rodeadas por enormes jardines, como si los hubieran inventado Tolstoi o Turguéniev. El pasado también pervive en los cenadores cubiertos de frondosas enredaderas, en los fuegos de rastrojos y malas hierbas que arden casi sin llama en espacios



Un turista posa con mujeres de Setomaa, región del sureste estonio cuya cultura se distingue considerablemente de la del resto del país.

## Incluso los jóvenes más modernos saben al dedillo las tradiciones



Arriba, jóvenes con sus nuevos coches. Izquierda, banco genético creado por el Gobierno para identificar el origen hereditario de ciertas enfermedades.



Varios hombres se bañan en un lago de la isla de Hiiumaa, uno de los principales lugares estonios de verano. Bajo estas líneas, un tren es cargado con carbón en el puerto de Tallín.

verdes que parecen huérfanos de sus dueños. Y de una época absolutamente mítica provienen los *blini* (una especie de crepes) y setas servidas en el restaurante Maiasmokk de Tallín, que recibe a los comensales con manteles almidonados, paredes descoloridas y el crujir de su viejo suelo de tarima.

### Hay quien recuerda con nostalgia sus días de descanso en Hiiumaa

Estas reliquias desprenden una insospechada melancolía veraniega, sentimiento que sólo conocemos a través de los libros. Aquí vuelve a aparecer un terreno que forma parte del paisaje de la añoranza colectiva europea. Los edificios de madera, algunos de varios siglos de edad, con sus adornos de metal y sus puertas torcidas, han absorbido cual esponjas sus vivencias, y ahora las rezuman en forma de recuerdos: se descascarillan como los barnices de las vigas medio rotas y perfuman el aire con una nota de dulzura.

Cuando hablas con gente de San Petersburgo o Moscú, algunos recuerdan con nostalgia los días de juventud que pasaron a orillas del Báltico, cuando Estonia aún era soviética y sus consorcios estatales los enviaron a descansar a las islas de Saaremaa y



Hiiumaa o al balneario de Parnu, con su paseo marítimo dominado por el hormigón. La vida era ligera, y el aire tenía algo de Escandinavia, Alemania y Europa Occidental. La costa estona fue algo así como el mar Adriático de la URSS, una tierra de verano, llena de posibilidades, esperanzas y tristeza.

En Tallín, que se levanta sobre las aguas del Báltico como una fortaleza medieval, dos guapas muchachas rusas están sentadas sobre los peldaños de la escalera que lleva al castillo de Toompea, hoy sede del Parlamento de la República. Más abajo centellean las doradas cruces dobles de la catedral ortodoxa, que se eleva sobre las estrechas callejuelas de la vieja ciudad, antaño miembro de la Liga Hanseática.

ca. Las muchachas tienen una guitarra y un cuaderno desgastado donde han garabateado la letra de diversas canciones. No hay notas, porque la música les llega espontáneamente. Las jóvenes sonríen, se miran agachando la cabeza, fuman un cigarrillo, hojean en el cuaderno, sonríen y cantan melodías tristes, llenas de nostalgia, que parecen salir desde las profundidades del alma.

Se les acerca un amigo con los pantalones rotos, coge unos billetes arrugados y luego vuelve con algunas botellas de cerveza para sentarse a su lado. Es su propia pequeña Revolución Cantada. A lo lejos, al pie del castillo, el azul del mar Báltico brilla a la luz de un frío día de verano.